

De nuevo le ocurrió, miró aquel documento de "Pagos pendientes de revisar" y sin querer se quedaba concentrada en un punto de aquella página.

Se le nublaba la vista, las letras iban haciéndose cada vez más delgadas y se entrelazaban entre sí formando figuras inexplicables, que no transmitían ningún interés y, de repente ... ya no oía las impresoras, ni los sonidos estridentes de los teléfonos, ni los gritos de los jefes de los departamentos cercanos, ni siquiera escuchaba el ruido de las bocinas de los camiones que llegaban a la puerta de la fábrica para cargar o descargar aceite, en ese momento su mente se turbaba y permanecía en otro lugar. Un lugar en el que no existía el tiempo, en el que se sentía vacía, tranquila, blanca... pero entonces despertaba del estado de paz y volvía a escuchar todos aquellos ruidos que marcan el día a día de un departamento de administración y seguía tecleando y repasando los pagos pendientes e iba introduciendo los datos en la Hoja Excel que había creado expresamente para este informe; la cual había adornado con llamativos colores, diferentes tipos de letras, subrayados y otras formas que convertían aquel espacio en un lugar divertido en el que poder evadirse de los informes en blanco y negro que salían de las impresoras, y es que la tarea de repaso de documentos es muy monótona. Recordaba haberse llevado, en algunas ocasiones, horas y horas introduciendo parámetros y fórmulas en las hojas de cálculo sin parar, calculando las celdas que tendría que poner para que el resultado fuera perfecto; alineando, insertando gráficos, ingeniándoselas para que esos informes que salen en papel tamaño A-3, y esos sí que te dan muchísima información (más de la que necesitas), al introducirlos en la Hoja Excel, adquirieran un matiz

diferente del que poder extraer sólo aquello que interesa y excluir la basura.

A veces cuando Adriana está absorta en el trabajo le suele ocurrir todo esto y entra en una especie de “trance” y cuando vuelve en sí, siempre mira alrededor por si alguien se ha percatado del despiste. Pero no, la gente es bastante independiente, cada trabajador va a lo suyo y trabaja con la cabeza para abajo intentando acabar las tareas lo antes posible.

Esto le recordaba a su compañera Marta. Marta trabaja en la mesa que hay justo enfrente de la suya, tiene al menos diez años más y es bastante buena en lo suyo, se dedica a repasar exhaustivamente a los clientes morosos de forma semanal. Y es que el informe es tan detallado y amplio que para verlo de una vez, hacen falta muchísimas horas. Marta es una de esas personas muy ocupadas en su rutina diaria, tiene todas las horas del día específicamente planeadas y ello le permite realizar muchas actividades fuera del trabajo como ir a clases de spinning, natación, comprar en centros comerciales..., dedica todo su esfuerzo en concentrarse y organizar todas sus tareas diarias para, a las siete, hora en que finaliza la jornada laboral, salir pitando.

Esta semana era para Adriana especialmente traumática, debía poner todo el trabajo al día, para que cuando estuviera ausente, la persona que realizara las tareas más imprescindibles, lo tuviera todo lo suficientemente ordenado como para hacerlo sin problemas. Seguramente la sustituiría Alfonso, que es su compañero de la mesa de la derecha. Alfonso lleva en la organización el mismo tiempo que Adriana y siempre han tenido muy buena relación, son buenos colegas y se echan una mano siempre que andan hasta el cuello.

Ya la ha relevado en otras ocasiones. Sabe cómo le gusta que hagan su trabajo: dónde debe colocar las

incidencias, los colores de las subcarpetas que debe utilizar para guardar los libros de báscula, la forma de recepcionar las llamadas telefónicas de los proveedores y lo más importante, que no debe utilizar “clips” para sujetar los partes de incidencias, esto es algo que la exaspera, no puede ver las páginas cogidas con “clips”, lo ve totalmente inservible, se separan con mucha facilidad y, después, es imposible recordar con qué documento iba cada una, por ello Adriana siempre las grapa y él sabe que así es como debe proceder.

El viernes es especialmente importante que todo quede finalizado cuando termine la jornada, ya que permanecería un tiempo fuera y no sabía qué le iba a deparar el destino cuando volviera, aunque esperaba que nada relevante.

\*\*\*

Empezó a sonar el pequeño teléfono inalámbrico que tenía al lado de la mesita de noche. Dormida, se despojó de las sábanas que estaban atándola, debido a las vueltas que da en la cama a causa del insomnio y alcanzó, de un manotazo, el dichoso teléfono; antes de contestar echó una ojeada al reloj digital del sinfonier y vio que eran las cinco y media de la mañana. No lo podía creer, pensó que al tener vacaciones podría dormir tranquila todo el sábado y no despertar hasta que le doliera la cabeza y las piernas de estar tumbada, pero no fue así.

—¿Quién será? ¿Quién me llamará a estas horas?  
—dijo Adriana en voz alta.

Sin dar más vueltas al asunto cogió el teléfono y contestó muy tranquila. La voz de la persona que hablaba era muy interesante y varonil, parecía tener unos treinta y